

Saludos:

Muchas gracias por acompañarnos en este acto tan sencillo como necesario y que tiene para todos nosotros un sentido muy especial: el de significar este espacio como un lugar para el recuerdo, el homenaje, el respeto, la solidaridad, la admiración, la memoria.

Quiero que mis primeras palabras sean precisamente para el recuerdo: Para las 2.140 personas que fueron recluidas en este lugar, para sus descendientes, para sus familiares, sus amigos, sus compañeros de lucha, para quienes de alguna manera fueron víctimas del horror, la tragedia, los abusos, y las injusticias que se cometieron en este lugar tan bello y que los demócratas hemos recuperado y significado como espacio público para la Memoria.

También quiero recordar al resto de las víctimas del horror que la represión franquista confinó en alguno de los 12 campos de concentración que se levantaron en Asturias, de Castropol a Llanes, desde este paisaje privilegiado sobre la ría del Eo hasta otro no menos espectacular en Celorio.

Entre ellos, de occidente a Oriente, Ortiguera, Andés, Luarca, Grado, el psiquiátrico de La Cadellada en Oviedo, Pola de Siero, la Fábrica de Vidrios de Orobio, en Avilés, la conservera Portanet en Candás, la fábrica Harinera Gijonesa y la plaza de toros de El Bibio, en Gijón, Infiesto... En todos ellos, alrededor de 30.000 personas fueron confinados en estos campos en los años finales de la Guerra y en el inicio de la dictadura sin más razón que la de defender los valores de la democracia y la libertad o ser familiares de quienes se mantuvieron en la lucha activa contra el franquismo.

De todos ellos, el de Arnao fue el que más se prolongó en el tiempo y el único que se consignó como un campo de larga duración, un campo con capacidad de hacinar a 1.200 personas.

Y un campo en el que durante una buena etapa se represalió con especial intensidad a familiares y supuestos colaboradores de la guerrilla antifranquista, fundamentalmente mujeres y niñas.

A todos ellos, la más sincera consideración y el profundo respeto de este Gobierno.

Quiero tener también unas palabras de agradecimiento para la corporación de Castropol y especialmente para su alcalde, Francisco Javier Vinjoy, por el convencimiento y el tesón con que han reivindicado este reconocimiento que por fin se ha hecho posible. Quiero agradecerle su ayuda, su tenacidad y el compromiso con la verdad, la historia y el recuerdo.

Creo que Carlos García, el artista al que debemos esta magnífica escultura ha sabido captar a la perfección en su obra lo que representa este espacio.

De un lado, las siluetas de una mujer y una niña de perfil, cogidas de la mano. Frente a ellas los barrotes, los muros, como símbolos reconocibles de las alambradas, de la tortura, la represión, el encierro. Del otro, un espejo de acero que prolonga su figura en el espacio y quizá también en el tiempo, para recordarnos que cada uno de ellos es o puede ser uno de nosotros, de los nuestros, quizá no hoy, pero quizá mañana, en un futuro incierto.

Muchas gracias, Carlos por tu creatividad. Creo que el resultado invita a la reflexión y conmueve. Es un verdadero acierto.

El historiador asturiano Ramón García Piñeiro es uno de los mejores conocedores de la lucha antifranquista durante la posguerra en Asturias, autor seguramente de la obra más completa y concienzuda sobre la guerrilla antifranquista, posiblemente de una obra definitiva sobre este periodo tan estrechamente vinculado con este campo y con muchas de las personas que permanecieron aquí cautivas.

Desde una posición política y social bien definida, posicionado contra el revisionismo neofranquista, examina y reconstruye con rigor un pasado real, basado en las fuentes, que nos hablan de una represión sistematizada, brutal, ejercida desde el poder del Estado, que utiliza la violencia para imponerse e imponer una forma de vida y una única visión del mundo.

Escuchar y leer a Ramón García Piñeiro equivale siempre a aprender, comprender y descubrir nuevos espacios para la simple curiosidad personal o el afán de conocimiento.

También me gustaría destacar el entusiasmo y el rigor con el que el maestro Fernando García ha elaborado una excelente monografía sobre uno de los episodios más destacados de la posguerra en Asturias, aunque solo sea por su duración en el tiempo, a la vez que tan desconocido.

Trabajos y testimonios como los de estos estudiosos de la historia, pero también el impulso y la ayuda de las entidades memorialistas hacen que poco a poco estemos siendo capaces de que la sociedad asturiana se interese cada vez más por su historia, la conozca, y en encuentre en ella retazos de una identidad común, de la forja de una forma de ser y estar en el mundo basada en el respeto, la solidaridad, la libertad, la búsqueda del bien común y la solidaridad con las personas que tienen más necesidades.

El impulso que está dando el Gobierno español a la Memoria Democrática está siendo fundamental. La nueva ley aprobada el pasado otoño con el respaldo de la mayoría de fuerzas del arco parlamentario es una norma basada en la concordia que contribuye a afianzar nuestra democracia. Pero, por desgracia, también es un texto que ha puesto en evidencia como una parte de la derecha de este país sigue siendo incapaz de marcar distancias con el pasado franquista.

De un proyecto legislativo ambicioso que supone consolidar la línea de la norma anterior, hay una parte en la que me quiero fijar especialmente y por la que, secretario de Estado, os felicito expresamente por ello. Gracias por asumir el liderazgo y la responsabilidad en la búsqueda de las personas desaparecidas durante la Guerra Civil y la Dictadura. Sin el apoyo claro y rotundo del Gobierno, avanzar en esta línea sería realmente mucho más dificultoso en una comunidad autónoma como Asturias.

Al Gobierno, las entidades memorialistas, los ayuntamientos como el de Castropol interesados en la verdad y la reparación, a las familias de las víctimas, a todos los hombres y mujeres justos, les puedo asegurar que su compromiso con la Memoria Democrática está teniendo sus frutos y, tras décadas de silencio, de mentiras impuestas, de una moral única opresora, del oscurantismo, la tergiversación de la realidad, la represión, y el miedo, estamos descubriendo y, enseñando por fin en las escuelas, una historia verdadera, basada en la evidencia, en los hechos, una historia rigurosa, inclusiva, en la que todos seamos capaces de reconocernos, una memoria colectiva de lo que somos como sociedad y de lo que ninguna manera queremos volver a ser.

También estamos señalando lugares como este que han de formar parte de nuestra memoria colectiva.

Y estamos comprometidos con las familias que aspiran a la verdad, la justicia y la reparación.

Os voy a hacer una confesión personal.

Cuando acudí a la fosa de Parasimón en Pajares el pasado mes de noviembre donde fueron hallados restos humanos de personas asesinadas en 1937, durante la represión franquista, y tuve el privilegio de compartir ese momento con los nietos de una de las personas represaliadas que buscan allí los restos de su antepasado sentí como pocas veces que esto que hacemos vale realmente la pena.

Sé que algunas personas piensan que esto no es así. Algunos os van a decir que esto supone abrir heridas, que no favorece la convivencia.

No es verdad.

Es justamente lo contrario. Es restañar cicatrices del pasado, es reconocer el altísimo precio que exigió para muchos de nuestros compatriotas la defensa de la democracia y los derechos en Asturias, en España y en Europa.

Es recordar que la democracia y las libertades no son conquistas irreversibles y que algo que vale la pena defender, que se crea y se consolida día a día con el respeto, la tolerancia, la solidaridad y el compromiso para evitar el totalitarismo, una lacra que no es una amenaza del pasado sino que sigue presente en todo el Planeta y de la que ni siquiera nos podemos sentir libres las sociedades más avanzadas desde el punto de vista del respeto a la vida y a los derechos de las personas.

Tenemos el deber y el compromiso de preservar una convivencia para la paz, el progreso y el bienestar basado en la memoria, no en el olvido; en la justicia, no en la violencia; en el diálogo, no en la imposición; en la equidad, no en la explotación del más débil.

Símbolos como este lugar de la Memoria nos unen, nos reafirman en nuestros principios y nos animan a luchar por un futuro colectivo mejor, más justo y acorde con nuestra madurez democrática.

Muchas gracias